

*Aprender a habitar el mundo:
Hacia nuevas articulaciones culturales*

Nicolas Beauclair, Élise Couture-Grondin y Daniel Giraldo (eds.)



TINKUY

**BOLETÍN DE
INVESTIGACIÓN Y DEBATE**

N° 16 – Julio 2011

© 2011, Section d'Études hispaniques
Département de littératures et de langues modernes
Faculté des arts et des sciences
Université de Montréal

ISSN 1913-0481

Hispanofobia e hispanofilia en la Argentina

Santiago Javier Sánchez
Université de Montréal

Introducción. Primos y extraños. La cuestión de la lengua. España, solar de la raza argentina. Conclusiones.

Resumen

Este artículo propone, en primer lugar, un breve análisis histórico de las posturas ideológicas de los más prominentes intelectuales argentinos del siglo XIX en lo que respecta a su relación con España. Analizaremos las opiniones anti-españolas de Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Marcos Sastre, Florencio Balcarce y Florencio Varela, todos ellos miembros de la Generación de 1837. En segundo lugar, explicaremos los cambios culturales y demográficos que, hacia fines del siglo XIX, provocarían un cambio radical en la actitud de la elite argentina respecto de España y de los españoles. Finalmente, analizaremos las ideas prohispanicas de Manuel Gálvez, uno de los escritores pertenecientes a la Generación del Centenario de 1910.

Résumé

Cet article propose, premièrement, une brève analyse historique des postures idéologiques des plus proéminents intellectuels argentins du XIXe siècle en ce qui concerne la relation avec l'Espagne. On analysera les opinions anti-espagnoles de Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Marcos Sastre, Florencio Balcarce et Florencio Varela, tous membres de la Génération de 1837. Deuxièmement, nous expliquerons les changements culturels et démographiques que, vers la fin du XIXe siècle, provoquerait un changement radical de l'attitude de l'élite argentine auprès de l'Espagne et des espagnols. Finalement, nous analyserons les idées pro-hispaniques de Manuel Gálvez, un des écrivains appartenant à la Génération du Centenaire de 1910.

1. Introducción. Primos y extraños

Los españoles, por sus peculiaridades culturales afines a la población criolla, se diferenciaban de otros grupos de inmigrantes arribados a la Argentina, cuya otredad era más acusada. Sin embargo, la comunidad de lengua y el hecho de pertenecer a la nación que conquistara y colonizara el territorio rioplatense, no fueron suficientes para generar una aceptación generalizada y exenta de conflictos. Como sostiene José Moya, los españoles detentaban “una personalidad colectiva dual”, esto es, ambigua en su relación con un país receptor que los consideraba familiares y extraños a la vez. Dice Moya:

Los inmigrantes españoles en la Argentina, como los portugueses en Brasil, los franceses en Québec o los británicos en Australia, poseían una personalidad

Sánchez, Santiago Javier. 2011. “Hispanofobia e hispanofilia en la Argentina”. *Tinkuy. Boletín de investigación y debate* 16: 93-106.

ISSN: 1913-0481

colectiva dual. Eran hijos de la madre patria y extranjeros, parientes y forasteros, transmisores de la cultura original e inmigrantes incultos, primos y extraños. (Moya 2004: 349)

De esta forma, a resultas de la Guerra de Independencia, la población española radicada en el Río de la Plata pasó de ser la minoría privilegiada que monopolizaba el poder político, la burocracia y el comercio, a convertirse en objeto del más enconado rechazo. Los españoles fueron estigmatizados popularmente como “godos” y “sarracenos”, y en muchos casos sufrieron la confiscación de bienes, la prisión e incluso la expulsión del país. Aún así, estos episodios de violencia fueron escasos en comparación a los que padecieron sus compatriotas en Venezuela y México, o los franceses en Haití. Por otra parte, la mayoría -cinco de cada seis residentes, según Moya- permaneció aquí, y hasta hubo quienes abrazaron la causa americana.

Obedeciendo, sin duda alguna, a una lógica distinta a la de la hispanofobia predominante, la inmigración española, aunque interrumpida sustancialmente durante la guerra, continuó llegando al Río de la Plata. Es que, como señala Fernando Devoto, las cadenas migratorias que enlazaban Europa y América constituían un fenómeno de raíces seculares, y en buena parte ajeno a los vaivenes de las coyunturas históricas. Dice Devoto:

Las guerras interrumpieron, pero no suprimieron, los lazos entre los inmigrantes y sus parientes y vecinos en los pueblos de origen y, cuando las oportunidades para movilizarse volvieron a ser favorables, las antiguas relaciones interpersonales se pusieron en movimiento para dar nueva vida a las ‘dormidas’ cadenas migratorias. En realidad éstas no habían cesado totalmente con las guerras de independencia y aunque el movimiento de personas a través de ellas se había reducido al mínimo (pero no siempre extinguido), las remesas de recursos (y de cartas) entre ambos extremos del dislocamiento parental seguían manteniéndolas con vida. (Devoto 2004: 219)

El arribo incesante de inmigrantes peninsulares no impidió que la hispanofobia siguiese siendo intensa durante casi todo el siglo XIX argentino. Este fenómeno tuvo su expresión ideológica más acabada en la llamada Generación del '37. Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Marcos Sastre, Domingo Faustino Sarmiento, todos ellos miembros de este grupo, coincidieron en su rechazo a España, a la que consideraban una nación atrasada, y cuya influencia cultural, igualmente pernicioso, pretendían superar.

Poco después de la caída, en 1852, del gobernador porteño Juan Manuel de Rosas, se instaló el primer consulado de España en Buenos Aires, y fue abolido el servicio militar para los españoles. Éstos, asimismo, comenzaron a organizarse en sociedades de ayuda mutua y a publicar sus periódicos propios, en los que volcaron su pensamiento, a menudo en colisión con el generalizado ambiente hispanóphobo (Moya 2004: 357).

El resentimiento popular contra la Madre Patria alcanzó picos de violencia extrema durante la década de 1860, cuando la Armada española bombardeó Valparaíso y ocupó Veracruz, Santo Domingo y algunas islas peruanas. Los ataques a las casas de residentes hispanos en Buenos Aires fueron moneda corriente en el transcurso de estos conflictos,

como lo fueron también durante los diversos episodios de la Guerra de Independencia cubana. En 1898, la multitud llegó a asaltar el Club Español de Buenos Aires.

A esta espontánea animadversión de las masas se agregaba la consonancia ideológica de una parte de la elite liberal argentina con los liberales italianos exiliados y a la identificación de España, como nación, con su régimen monárquico, que era visto por muchos intelectuales criollos como retrógrado. No obstante ello, hacia 1870 parte de la clase alta argentina comenzó a percibir la presencia, cada vez más numerosa, de los inmigrantes italianos como una amenaza para un país de base tradicional hispanocriolla.

Fue en 1885 que surgieron las primeras propuestas de reemplazar a los italianos por los españoles. En 1889, algunos españoles pertenecientes a la elite de la colectividad, y ciertos argentinos de abolengo como Eduardo Wilde, Manuel Chueco o Estanislao Zeballos, fundaron la Sociedad Hispano-Argentina Protectora de los Inmigrantes Españoles. También en 1889 el gobierno argentino subsidió 60.000 pasajes para inmigrantes españoles, 45.500 para franceses, 10.524 para belgas y sólo 6272 para italianos. La crisis económica y la revolución de 1890 abortaron la continuidad de esta iniciativa (Devoto 2004: 364-365).

Pero el punto de inflexión fue, indiscutiblemente, la Guerra Hispano-Norteamericana de 1898. La derrota militar de España, que implicó la pérdida de sus últimas colonias - Cuba, Puerto Rico y Filipinas- redundó, sin embargo, en una victoria del hispanismo. Hasta entonces, el imperialismo, en Latinoamérica, había estado representado por España. Ahora, eran los Estados Unidos de "raza" anglosajona y de lengua inglesa los que lo encarnaban. Apenas dos años después de finalizada la guerra, en 1900, el uruguayo José Enrique Rodó publicaba *Ariel*, un texto de profunda influencia en la forja del "antiimperialismo" latinoamericano y de la "yanquifobia". Así, al comenzar el siglo XX fue imponiéndose, entre muchos intelectuales, la idea de que españoles e hispanoamericanos podían, por primera vez, estar del mismo lado, oponiendo sus valores y su espiritualidad latinos a la voracidad conquistadora y materialista anglosajona.

En la Argentina, fueron numerosos los intelectuales -especialmente aquellos pertenecientes a la Generación del Centenario- que vieron en España, en su historia vinculada a América, y en el legado de su cultura y de su lengua, un reaseguro contra la heterogeneidad de la inmigración que, por entonces, alcanzaba su pico. Manuel Gálvez, Joaquín V. González, Enrique Larreta, Martín Noel, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Estanislao Zeballos, Emilio Becher, son algunos de los autores de inspiración hispanófila.

Hacia 1910, cuando, en ocasión de los festejos oficiales del Centenario de la Revolución de Mayo, la infanta Isabel desembarcaba en la Argentina e inauguraba una filial de la Real Academia Española la transición de la hispanofobia a la hispanofilia se había completado acabadamente. Como dice Moya: "Hasta cierto punto, los españoles habían realizado un viaje de un siglo de duración a lo largo de una parte de la imaginación colectiva argentina, y se habían transformado de enemigos en extranjeros, en primos y, para algunos, incluso en hermanos" (Moya 2004: 396).

En 1912 fue fundada la Institución Cultural Española, la cual propiciaría la visita al país de importantes personalidades hispanas tales como José Ortega y Gasset, Ramón

Menéndez Pidal, Benito Pérez Galdós, Américo Castro, Eugenio D'Ors, Federico García Lorca, Manuel de Falla, Jacinto Benavente y Severo Ochoa. Pocos años más tarde, en 1917, durante la presidencia de Hipólito Yrigoyen, quedaba oficialmente decretado el feriado nacional del “Día de la Raza”, entendiéndose como “raza” a la hispana, de la cual se consideraba parte a la nación argentina.

Fue ésta una victoria simbólica crucial, que llenó de satisfacción a la colectividad española y que fue resistida por los italianos, para los cuales la figura de Cristóbal Colón era motivo de orgullo nacional. Por el contrario, la instauración del “Día de la Raza” implicaba subrayar, más que el “descubrimiento” de un “Nuevo Mundo” por Colón, el principio de la conquista cultural de América por España. Éste era el punto nodal de la cuestión, más allá de los esfuerzos -insuficientes, por cierto- de muchos estudiosos españoles e hispanoamericanos para demostrar que Colón, en realidad, no había nacido en Italia sino en España.

Otro logro importante para el hispanismo se había dado algunos años atrás, durante la segunda presidencia de Julio Argentino Roca (1898-1904), cuando fueron suprimidas del himno nacional las estrofas de contenido antiespañol, motivo de discordia frecuente, hasta entonces, entre argentinos y peninsulares.

Sin embargo, vale aclarar que el hispanismo era, en gran medida, una postura ideológica adoptada por la clase alta y por sus intelectuales. Éstos bien podían expresar la opinión “oficial”, por así decirlo, instaurada desde el poder, pero en verdad no se trataba más que de la voz de una minoría. Tal como advierte Moya (2004: 391), el desprecio del nativo contra el inmigrante fue muy habitual entre las clases populares, incluso entre quienes tenían progenitores extranjeros. En este contexto, los españoles no escaparon al rechazo. La misma denominación de “gallegos”, destinada a todos los españoles -y no sólo a quienes provenían de Galicia- adolecía de un matiz marcadamente peyorativo.

Es importante señalar que por estos años la inmigración española creció en número, y que hubo una nueva inmigración, definida como “exótica”. Los italianos del norte fueron en gran parte suplantados por sicilianos y calabreses, a la par que llegaban judíos rusos y polacos, y sirio-libaneses, muchos de los cuales eran de religión musulmana. Frente a estos grupos culturalmente tan extraños, los españoles, pese a todo, resultaron favorecidos. En un país de inmigración no ibérica masiva que, además, carecía de una población y una tradición indígenas importantes, lo hispánico era lo más cercano a lo autóctono.

Tal como señala Moya, la misma figura del gaucho podía ser apropiada por españoles e hispanófilos:

[...] a diferencia de los indígenas de Mesoamérica y la región andina, los gauchos no representaban una antítesis real o simbólica de la hispanidad. Desde el punto de vista físico, este grupo de mestizos claros se parecía más a los andaluces que a los araucanos. Desde un punto de vista cultural, ni detractores ni panegiristas los identificaron jamás como comunitarios y sumisos, calificativos corrientes atribuidos a la población indígena de los altiplanos continentales. Sus virtudes eran las de los conquistadores: valentía, nobleza, virilidad y una independencia orgullosa y quijotesca. Sus defectos también eran ‘españoles’: arrogancia, desdén hacia las

tareas manuales, ferocidad y un sentimiento del honor arcaico y exagerado. Con este legado, real o imaginario, su imagen podía coexistir fácilmente con el hispanismo e inclusive ser apropiada por los hispanófilos. (Moya 2004: 381)

Como ya señaláramos en páginas anteriores, la elite criolla sentía amenazada su posición de privilegio económico y político. Fue por esta razón que iniciativas como las de la naturalización automática de los inmigrantes no prosperaron. De haberse implementado, una masa incontrolable de nuevos electores extranjeros hubiera irrumpido en la palestra política, socavando las bases del régimen oligárquico. Esta situación, temida por la elite, tuvo su correlato ideológico en el hispanismo, que fue adoptado decididamente por aquellos que pertenecían a familias patricias de linaje criollo y colonial, aunque éste, digno es decirlo, no solía remontarse sino hasta el siglo XVIII.

El hispanismo, para la elite argentina, se traducía también en una obsesión por rescatar su propio origen español y su condición de “argentinos viejos”, lo cual permitía obstaculizar, de alguna manera, el ascenso social y material de los extranjeros y de sus hijos. Como señala Moya:

El hispanismo hizo más que ofrecer un escudo contra los arribistas para aquellos que corrían el riesgo de perder sus privilegios de clase [...] Las primeras décadas del siglo XX experimentaron una verdadera obsesión con la genealogía por parte de las clases más altas. Aparecieron docenas de libros con listas de nombres y sus supuestos orígenes nobles, y el enaltecimiento de los viejos apellidos tradicionales saltó a un primer plano. Sin duda, esto funcionó como un mecanismo para restringir el ingreso al mundo de la elite local de los extranjeros más arribistas y económicamente exitosos [...] Sea cual fuera el caso, la idea de que el nivel social de cada cual podía medirse en parte por la cantidad de generaciones nacidas en la Argentina no tardó en echar raíces en una sociedad de inmigrantes. Interpretada a menudo en años en vez de generaciones, se expresó en una dicotomía que ubicaba de un lado a los veteranos y del otro a los recién bajados del barco. (Moya 2004: 383-390)

Por otra parte, siguiendo a Devoto, podemos sostener que este fenómeno que se dio de un modo particular en la Argentina, no deja por ello de ser expresión de un patrón universal de comportamiento. En diferentes épocas y lugares, el grupo descendiente de los primeros llegados a un territorio “nacional” -que con frecuencia no fueron tales, sino que actuaron como conquistadores- se ha sentido detentador de un derecho original y superior al de aquellos que vinieron después. Escribe Devoto:

Como es sabido, la antigüedad de instalación suele generar, en especial por parte de los descendientes, la atribución de profesionalidades, virtudes, prelações o ‘derechos’. También en la Argentina la antigüedad estuvo asociada a este tipo de distinciones o a otras que señalaban la radical diferencia entre los llegados antes de Caseros y los arribados después. (Devoto 2004: 25)

Este carácter conservador asumido por el hispanismo en estas tierras iría evolucionando hasta posturas cada vez más reaccionarias, hasta hacer eclosión en el golpe militar de 1930. Pero antes de seguir analizando otros aspectos de esta corriente ideológica nos referiremos a la cuestión, largamente debatida, y común a argentinos y españoles, de la lengua.

2. La cuestión de la lengua

La Generación del '37 fue la primera, en la Argentina, en plantear la construcción de una identidad nacional que, como sostiene Falcón, debía ser, por entonces, “necesariamente entendida como primigenia” o pensada “desde el desierto” (Falcón 2003: 1), puesto que no contaba con antecedentes históricos y culturales que la avalaran, a excepción de la Revolución de Mayo de 1810. Fue precisamente este movimiento de emancipación política el que los hombres del '37 pretendieron completar. La adopción del romanticismo europeo, político y literario, la postulación de una literatura nacional, la emancipación de la lengua, la revisión de la herencia cultural española y la crítica de las costumbres sociales fueron, con algunos matices, los ejes vertebradores del pensamiento de este grupo.

En lo tocante a la hispanofobia, ya mencionada, de la Generación del '37, dos razones inmediatas la provocaban: la Guerra de Independencia y la herencia colonial de atraso. Marcos Sastre, quien, junto a Juan María Gutiérrez y a Juan Bautista Alberdi, pronunció uno de los discursos de apertura del Salón Literario de 1837, planteó, justamente, el divorcio absoluto con España y con todo modelo extranjero, tanto en la política y en la legislación, como en la educación y en la literatura. En todos estos terrenos, debía contarse con elementos propios, no importados.

Veamos, en contrapartida, la opinión de Juan María Gutiérrez:

Quedamos aún ligados por el vínculo fuerte y estrecho del idioma: pero éste debe aflojarse de día en día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos de Europa. Para esto es necesario nos familiaricemos con los idiomas extranjeros y hagamos constante estudio de aclimatar el nuestro cuanto en aquello de bueno, interesante y bello. (Falcón 2003: 5)

Aquí, el rechazo no tiene como única destinataria a la literatura española sino que es mucho más radical, e incluye también a la lengua en la cual ésta se ha escrito.

Marcos Sastre, Juan María Gutiérrez y Esteban Echeverría coincidían en su apoyo a la otra propuesta de emancipación de la lengua sostenida por Alberdi. También podemos incluir en esta postura a Sarmiento, quien acordaba, en lo esencial, con los mismos planteamientos. Así, podemos comprobar cómo Alberdi, en su obra de 1837 *Fragmento preliminar al Estudio del Derecho*, se oponía de plano a la idea de que el español castizo fuera el adecuado para una expresión nacional:

El autor ha creído que están equivocados los que piensan que entre nosotros se trata de escribir un español castizo y neto: importación absurda de una legitimidad exótica, que no conduciría más que a la insipidez y debilidad de nuestro estilo: se quedaría conforme a Cervantes, pero no conforme al genio de nuestra patria; se tomarían las frases, los giros, los movimientos de que este escritor se valía para agradar a su nación; pero todo esto no agradaría a la nuestra, cuyo carácter propio jamás tendrá por representante un espíritu extranjero. (Alberdi 1955: 80)

Para Alberdi, como para los restantes miembros de la Generación del '37, la emancipación de la lengua era un aspecto de la emancipación general que aún no se había

completado, y que iba mucho más allá de una cuestión estrictamente política. Fiel a la idea romántica de una vinculación entre lengua y nación, podemos observar cómo Alberdi defiende en sus escritos la soberanía de la “lengua argentina” y de todos aquellos rasgos propios de una “personalidad nacional”:

Decir que nuestra lengua es la lengua española, es decir también que nuestra patria no tiene personalidad nacional, que nuestra patria no es una patria, que América no es América, sino que es España, de modo que no tener costumbres españolas es no tener las costumbres de nuestra nación. La lengua argentina no es, pues, la lengua española: es hija de la lengua española, sin ser por eso la nación española. Una lengua es una facultad inherente a la personalidad de cada nación, y no puede haber identidad de lenguas, porque Dios no se plagia en la creación de las naciones. (Alberdi 1955: 81-82)

Juan Bautista Alberdi consideraba que, así como en la etapa colonial el país había estado supeditado a la autoridad colonial española, también lo había estado la lengua, la cual, en la etapa independiente, se acercó a Francia, modelo de libertad y republicanism:

Si la lengua no es otra cosa que una faz del pensamiento, la nuestra pide una armonía íntima con nuestro pensamiento americano, más simpático mil veces con el movimiento rápido y directo del pensamiento francés, que no con los eternos contorneos del pensamiento español. Nuestras simpatías con la Francia no son sin causa. Nosotros hemos tenido dos existencias en el mundo, una colonial, otra republicana. La primera nos la dio la España; la segunda la Francia. El día que dejamos de ser colonos, acabó nuestro parentesco con la España; desde la República, somos hijos de la Francia. Cambiamos de autoridad española por la autoridad francesa el día que cambiamos la esclavitud por la libertad. A España le debemos cadenas, a la Francia libertades. (Alberdi 1955: 80-81)

Para Alberdi, el tutelaje lingüístico y cultural francés no suponía la imposición de una nueva dependencia colonial sino que, muy por el contrario, entrañaba una posibilidad de libertad y de amplitud mental inviabilizadas bajo la dominación española. En este fragmento del *Discurso...* vemos cómo la hispanofobia se encuentra racionalizada y justificada con argumentos que hablan tanto de las ventajas de un sistema político -el republicano- como de la superioridad intelectual francesa, que sería más afín con “nuestro pensamiento americano”. En 1837, Alberdi consideraba el legado español como parte de un pasado ya caduco. El presente y el porvenir argentinos y americanos nada tenían que ver, según su visión, con España.

Consecuentemente con estas ideas, Alberdi rechazaba de plano todo intento de control por parte de los españoles, como lo sería la propuesta de crear filiales americanas de la Real Academia de la Lengua:

No reconocer la autoridad de los estamentos y soportar la autoridad de la Academia es continuar siendo medio colonos españoles. La lengua americana necesita, pues, constituirse, y para ello necesita de un cuerpo que represente al pueblo americano, una Academia americana. Hasta tanto que esto no suceda, a los que escribimos mal, díganos que escribimos mal, porque escribimos sin juicio, sin ligazón, sin destreza; pero no, porque no escribimos español neto, porque una semejante imputación es un rasgo de godismo. (Alberdi 1955: 82-83)

Alberdi estaba a favor de una academia americana soberana, tan soberana como debía serlo cualquier república en este continente. De esta manera, se alejaba, hasta cierto punto, de la posición de Sarmiento, quien, en su polémica con el gramático venezolano Andrés Bello, se manifestaría contrario a toda regulación académica y a favor de una lengua popular. Para Sarmiento, la lengua era una creación del pueblo, y no de los estudiosos.

Estas posturas de emancipación lingüístico-política expresadas en el Salón Literario de 1837 fueron cuestionadas parcialmente por Florencio Varela y por Florencio Balcarce. El primero de ellos identificaba la emancipación de la lengua con una corrupción de la misma (Falcón 2003: 4), mientras que el segundo era más específico al subrayar la necesidad de una literatura nacional. Escribe Falcón:

Más precisas eran las objeciones de Balcarce, que, creo, fundan algunos de los temas centrales de debate que sobre la lengua se desarrollaran durante casi dos siglos en Argentina. La propuesta de 'emancipación' era sencillamente 'disparatada'. En cambio, suponía que podía surgir una literatura nacional -si se quiere una suerte de *literatura de la diferencia*- que tuviera como basamento las divergencias lexicológicas que nacían de las distintas naturalezas y costumbres de España y América. Esta propuesta -razonable en mi opinión- ha sido caracterizada -exageradamente- como separatismo lexicológico o lingüístico, por autores como Ernesto Quesada. En realidad, lo que estaba haciendo Balcarce era arrojar al mundo de las utopías, la posibilidad de 'invención' de una nueva lengua. (Falcón 2003: 4-5)

La propuesta, más moderada, de Balcarce, hallaría eco, pocos años más tarde, en el propio Alberdi, quien revisaría sus postulados extremos. En su viaje a España en 1843, su visión de este país y de su aporte cultural a América, ya no era tan negativo:

Ya hemos dicho todas las cosas malas posibles sobre nuestra raza; es hora de empezar a mirar el otro lado... Ya hemos aclamado a los de 1810 [a los héroes de la independencia]; elevemos las cosas a un plano superior y aclamemos a los de 1492; aquellos que inventaron la mitad de la orbe de la tierra, la despoblaron de razas bárbaras, una especie de matorral humano, para poblarla con la más hermosa de las razas europeas, la noble raza española... No ataquemos a la raza española, porque eso es lo que somos, ni su obra, porque es el mundo que habitamos; ni su dominio, porque en gran medida todavía nos gobierna y no puede haber sido tan malo puesto que nos dio la aptitud de emanciparnos cuando llegó la oportunidad. Estudiemos a España, entonces, para conocernos a nosotros mismos. (Alberdi citado en Moya 2003: 384)

En momentos en que la hispanofobia se hallaba en su pico más alto, y a despecho de lo que había sostenido en 1837, Alberdi planteaba ahora una suerte de reconciliación con la Madre Patria, que otra vez volvía a ser considerada como tal. Anticipándose en varias décadas a las ideas de los autores nacionalistas argentinos, Alberdi reconocía las raíces hispanas de la historia y la cultura argentinas. La propuesta de estudiar a España primero para así "conocernos a nosotros mismos" es la misma que animaría a Ricardo Rojas y a Manuel Gálvez en sus viajes a la península Ibérica, en los primeros años del siglo XX¹.

¹ Producto de estos viajes fueron los libros "Retablo español", de Ricardo Rojas, y "El solar de la raza", de Manuel Gálvez.

En 1871 Alberdi publicó *De los destinos de la lengua castellana en la América antes española*, un texto en el cual reconocía que la lengua hablada en la Argentina era, *en el fondo*, la misma que en España, aunque siguiera propugnando la autonomía de su variante rioplatense. Había ahora, para Alberdi, dos formas válidas de emplear el castellano, la argentina y la española, correspondientes a dos naciones distintas. Por otra parte, Alberdi sostenía que la pureza lingüística era algo inviable, y que los nuevos tiempos de progreso y de intercambios universales, propenderían a una mezcla, a un “cruzamiento”, que él consideraba saludables:

El purismo de los idiomas tiende a ser un mérito cada día más subalterno: es como el *chauvinismo* de la lengua [...] Suprimiendo las fronteras y las distancias física y moralmente, el cristianismo, el vapor y la libertad han hermanado y acercado a los pueblos entre sí, a expensas de la pureza de sus lenguas. Pero, felizmente, las lenguas, como las razas, se mejoran por el cruzamiento. Babel inmensa y universal, *rendez-vous* de todas las naciones del globo, la América tiene por papel providencial, mejorar las razas, las instituciones y las lenguas, amalgamándolas en el sentido de sus futuros y mejores destinos solidarios. (Alberdi 1955: 37)

Esta misma valoración positiva del “mestizaje” lingüístico preconizada por Alberdi sería desarrollada, en otra dirección y en un sentido más ambicioso, por Luciano Abeille. En 1900, este inmigrante francés radicado en Buenos Aires y profesor en el Colegio Nacional, publicó un libro titulado *Idioma nacional de los argentinos*, que generó reacciones mayormente desfavorables en un ambiente intelectual que ya no era el hispanófilo de 1837.

Abeille también se oponía, como Alberdi, a la creación de Academias de la lengua, pero iba aún más allá, al considerar a cualquier gramática o diccionario como una barrera al desarrollo, rico y espontáneo, del “idioma nacional”, el cual, con el aporte lingüístico de los inmigrantes, iría evolucionando hasta convertirse en una lengua completamente diferente a la española. Fue Ernesto Quesada, miembro argentino de la Real Academia Española, quien más cuestionó la tesis de Abeille. En el artículo “El problema del idioma nacional”, aparecido en la *Revista Nacional* de Buenos Aires, en ese mismo 1900, Quesada atacó a Abeille, descalificándolo por su condición de francés y defendiendo además la lengua y la cultura españolas.

La tardía y aislada propuesta de Abeille había sido formulada durante el despertar de la hispanofilia argentina, y ya no tenía posibilidad alguna de ser tenida en cuenta.

3. España, solar de la raza argentina

En diciembre de 1905 Manuel Gálvez emprendió un largo viaje a Europa, cuyo itinerario español quedaría reflejado años más tarde en *El solar de la raza*, probablemente el texto más hispanista de la Generación del Centenario. Ya en las primeras páginas, Gálvez señalaba que si ése era un libro que trataba sobre “cosas españolas”, necesariamente atañería también a los argentinos, los cuales no habrían dejado de formar parte de la Madre Patria:

Parecerá que este carácter nacionalista mal pueden tenerlo páginas que tratan de cosas españolas. No es así, sin embargo, pues todo libro sobre España, hondamente español, escrito por un argentino, será un libro argentino. Y es que nosotros, a pesar de las apariencias, somos en el fondo españoles. Constituimos una forma especial de españoles, como ellos constituyen todavía, no obstante haber desaparecido el Imperio Romano, una forma especial de latinos. Dentro de la vasta alma española, cabe el alma argentina con tanta razón como el alma castellana o el alma andaluza. (Gálvez 1943: 16-17)

La identidad nacional argentina que, como ya hemos visto, se hallaba por entonces en proceso de construcción y acosada por una inmigración masiva y heteróclita, era definida por Gálvez como una modalidad del “alma española”. Si para la Generación del '37 había sido el divorcio con España uno de los puntos de partida para constituir la nueva nacionalidad, para Manuel Gálvez era, por el contrario, la íntima vinculación con lo español el basamento de la misma. Además, esta relación estaría sustentada por un elemento fundamental, la lengua:

Somos españoles porque hablamos el idioma español, como los españoles eran latinos porque hablaban el latín. El idioma es quizás el único elemento caracterizador de las razas [...] Es que la comunidad o el parentesco del idioma origina iguales o semejantes modos de sentir, de pensar y hasta de proceder. (Gálvez 1943: 17)

Sin embargo, a pesar del influjo homogeneizador que le confería a la lengua española - y al realce, en *El solar de la raza*, de su riqueza expresiva y de su belleza sonora- Gálvez no pretendía que los argentinos se identificaran totalmente con España, con su gente y con sus cosas:

No pretendo que adoptemos el concepto de la vida que puedan tener los españoles, ni sus ideas, ni sus instituciones. Solamente quiero [...] hacer conocer, para impulsar nuestro resurgimiento espiritualista, algunas estampas de la geografía moral de España. Nosotros debemos tomar las enseñanzas espiritualistas de España como un simple punto de partida, como un germen que, transplantado al clima moral de nuestra patria, arraigará en ella con vigor nuevo y forma propia. (Gálvez 1943: 18)

Manuel Gálvez tomaba distancia de las cuestiones concretas. No le interesaba el estado de la economía española, como tampoco le interesaban la educación, la salud, la infraestructura hotelera, los puertos, los caminos. Gálvez pasaba por alto todos estos aspectos que, en la comparación con la Argentina, hubieran desmerecido la imagen de España. El dispar desarrollo económico de ambas naciones no constituía su preocupación. En contrapartida, pretendía dar cuenta de una esfera inasible, trascendente, de orden místico, y también artístico, que para él constituía el valor más alto de la nación española:

Si los argentinos viajaran por España recogerían en cada ciudad castellana una lección espiritualista. Aquel país es uno de los más intensos focos de espiritualidad que existe en Europa [...] España es, quizás, el país donde más se ha vivido en Dios y para Dios, lo que quiere decir: donde más se ha vivido espiritualmente [...] Ganimet ha dicho que lo místico es permanente en España.

Pero la existencia de este ambiente no deriva sólo del misticismo. España fue país de soñadores y contemplativos, de artistas extraordinarios. (Gálvez 1943: 21-23)

Para Gálvez, Castilla era el corazón cultural de España, la matriz de la hispanidad, la que había impuesto su lengua y su modo de ser al resto de la península Ibérica y a la mayor parte del continente americano. La Argentina opulenta y materialista del Centenario, en su visión, tenía mucho que aprender de las viejas y “espirituales” ciudades castellanas. Es que, para Gálvez, no había país más cercano a Dios y a las cosas trascendentes que España, y por eso, desentrañar la esencia española no resultaba tarea sencilla:

¿Por qué es España difícil de ser comprendida? A mi entender por estas razones: el sentido de la vida que predomina entre los españoles; su individualismo exacerbado; su espíritu católico, y ciertos conceptos de España y ciertas leyendas acerca de ella, que trastornan la visión de las cosas nublando los ojos del observador.

Los españoles, mejor dicho los castellanos, tienen un sentido de la vida que no es el de nuestra época. Todo el fundamento de las modernas sociedades industriales se sintetiza en estas palabras: vivir para ganar dinero y para gozar los placeres sensuales de la vida [...] Y bien: en España no sucede así. El castellano, el ser más sobrio de la tierra, no se desvive por los placeres materiales [...] Esta manera de ser ha originado modos de vivir, de sentir, de trabajar y de crear, distintos de los que predominan en el resto de Europa. Es el concepto cristiano de la vida, arraigado tenazmente en el espíritu español. (Gálvez 1943: 33-34)

Manuel Gálvez atacaba, de un modo directo, los estereotipos que, a su juicio, habían distorsionado la verdadera imagen de España frente al mundo. Esta situación, para él, se vinculaba a un anacronismo de la idiosincrasia hispana, que estaría inmersa aún en valores del pasado, ya perimidos en otros países. Es aquí donde entra a tallar la concepción religiosa de Manuel Gálvez, su fuerte relación con la Iglesia Católica, que no encontramos en otros autores del Centenario como Rojas o Lugones. Entre los estereotipos sobre España y los españoles que Gálvez rechazaba por completo figuraban la holgazanería, la avaricia y la crueldad, esta última en relación a la conquista de América:

Leyendas absurdas, producto del maridaje de la perversidad y la ignorancia, han construido varias Españas de clisé que impiden ver la verdadera. Así se atribuye al español defectos que nunca tuvo: la avaricia, la holgazanería, la crueldad. Singular mentira ésta de la crueldad española. Yo no conozco pueblo más compasivo, más generoso, menos egoísta que el español [...] Además, no olvidemos que hay muchas formas de crueldad. El egoísta es por definición un ser cruel. Los ingleses ostentan una irritante crueldad moral, la que suele ser, generalmente, más grave que la crueldad física. La barbarie de algunas guerras modernas ha sobrepujado, como es notorio, la tan mentada barbarie de la conquista de América. (Gálvez 1943: 36-37)

Manuel Gálvez estaba guiado por el propósito inocultable de reivindicar a la Madre Patria, frente a la Argentina y frente al mundo. Así, en la comparación con Francia y con Inglaterra, esta vez España salía favorecida. Gálvez negaba de modo tajante la existencia de una crueldad española, y relativizaba el carácter violento de la conquista de América.

Por otra parte, la hispanofobia, para Gálvez, había tenido su razón de ser únicamente en el pasado:

Aquel odio primitivo se explica. La generación de la Independencia, que vivió hasta mediados del siglo XIX, conservó, como es natural, el odio al enemigo. Republicanos y criollos, como eran los argentinos, detestaban a los españoles, que eran monárquicos y extranjeros [...] Más tarde, todo hubiera concluido sin la guerra de Cuba. Nuestras simpatías, claro está, iban hacia la isla americana que se desangraba en heroísmos luchando intrépidamente por su libertad. (Gálvez 1943: 40-41)

También para Manuel Gálvez, la guerra de 1898 había supuesto un punto de inflexión en el vínculo entre españoles e hispanoamericanos. Para éstos, implicó el fin de la hispanofobia y la reconciliación con la Madre Patria; para aquellos, el abandono de una actitud de soberbia y de desdén:

Pero nuestro sentimiento americano irritaba a los españoles. Arrogantes ellos, afirmaban, cuando los Estados Unidos intervinieron en la guerra, que el viejo león aplastaría al 'vil mercader de América'; la derrota les hizo ser más prudentes y menos fieros. Estas condiciones eran necesarias para que nosotros, un tanto arrogantes también, pudiésemos tolerarlos.

Ahora, las cosas han cambiado [...] No obstante, quedan aún enemigos de España, sobre todo entre los normalistas, los anticlericales, los mulatos y los hijos de italianos. El odio del mulato hacia España es el odio del negro al blanco. Los anticlericales ven en España [...] un país de frailes y fanáticos, y los italianos y sus hijos un país rival del suyo en el predominio en la Argentina. (Gálvez 1943: 41-42)

Según el razonamiento de Gálvez, la hispanofobia, al comenzar el siglo XX, había perdido su razón de ser decimonónica. La tendencia, ahora, apuntaría al entendimiento mutuo y creciente entre América y España. Sin embargo, aún había quienes, por su educación liberal y laica, rechazaban con fuerza todo lo que fuera español. A estas personas, se sumaban quienes profesaban una hispanofobia debida a razones de competencia y de hegemonía cultural. Tal era el caso de los italianos y de sus hijos argentinos. Aunque Manuel Gálvez no lo indicaba de manera explícita, está claro que la batalla por el "predominio en la Argentina", era entre los criollos y los inmigrantes españoles por un lado, y el resto de los extranjeros, con mayoría italiana, por el otro. El hispanismo, como hemos visto ya, se presentaba, en la perspectiva de Gálvez y de otros intelectuales contemporáneos, como la alternativa más razonable y segura para cimentar la futura nacionalidad argentina. Porque, más allá de la apelación constante a las raíces y a la tradición hispanocriollas, era la conformación cultural de la Argentina del porvenir la que estaba en juego.

El nacionalismo argentino, según Gálvez, había abandonado saludablemente las "tendencias exóticas" que desnaturalizaban la identidad del país:

Contra las ridículas modas, contra las influencias extrañas que nos descaracterizan, pretende reaccionar el actual nacionalismo argentino. ¡Feliz y oportuna aparición la de este noble sentimiento! Él nos exige dejar a un lado las tendencias exóticas y nos invita a mirar hacia España y hacia América. No odiamos a los pueblos sajones, a los que tanto debe el progreso argentino; no odiamos a la dulce Francia, cuyo espíritu

elegante y armonioso tanto ha influido en nuestras cosas; no odiamos a esa ferviente Italia, que nos ha dado una parte de sus energías. Pero ha llegado ya el momento de sentirnos argentinos, y de sentirnos americanos, y de sentirnos, en último término, españoles, puesto que a la raza hispánica pertenecemos. (Gálvez 1943: 44)

Manuel Gálvez no planteaba frenar la inmigración y abjurar de toda influencia extranjera, medidas que, por otra parte, no podrían haberse aplicado jamás. Nadie, en la Argentina del Centenario, hubiera podido objetar la inmigración de un modo absoluto. Pero, si se pretendía conferir al país una identidad homogénea, se hacía preciso elegir entre las diversas influencias culturales. De las dos mayores que recibía el país, la italiana y la española, los nacionalistas de 1910 elegían, sin hesitar, la española. En la visión de Gálvez y de otros autores contemporáneos suyos, el resto de los inmigrantes y de sus hijos debían ser integrados -o asimilados- bajo la hegemonía latina e hispánica:

Porque una nueva raza está formándose aquí. Gentes de todas las comarcas, en lucha atroz y secreta, en formidable Babel de índoles, mutuamente se absorben, se funden, se devoran y se amalgaman [...] Raza latina, no obstante las mezclas [...] Latinos, en mayoría irremplazable, son los hombres que vienen a poblar el país; latino es nuestro espíritu y nuestra cultura. Pero dentro de la latinidad somos y seremos eternamente de la casta española. Las inmigraciones, en inconsciente labor de descaracterización, no han logrado ni lograrán arrancarnos la fisonomía familiar. Castilla nos creó a su imagen y semejanza. Es la matriz de nuestro pueblo. Es el *solar de la raza* que nacerá de la amalgama en fusión. (Gálvez 1943: 45-46)

Bajo el manto de la común latinidad, podían ser incluidos italianos y españoles, siempre y cuando se asegurase la preeminencia de estos últimos, afines, como ya se dijo, a la tradición criolla local. Por otra parte, encontramos nuevamente aquí, como en otros intelectuales del Centenario la idea -que no deja de ser mítica- de un crisol de razas generador de una nueva y venturosa raza argentina. De la anulación de todas las diferencias, puestas a fundir en la amalgama general, surgiría la raza nacional homogénea que habitaría este territorio. Pero esta raza, para Manuel Gálvez, no dejaría de ser latina y española. O, para ser más exactos, castellana.

4. Conclusiones

En este trabajo, hemos procurado echar una rápida mirada a la relación ambivalente que acercó a España y a la Argentina durante un siglo, esto es, entre 1810 y 1910. Al momento de cumplir su primer centenario de vida soberana, la joven nación argentina todavía era un proyecto en esbozo. La elite criolla, que aún monopolizaba el poder político, se sentía amenazada por una inmigración masiva y mayormente no hispanoparlante. Si España, durante la Guerra de Independencia, había sido, sin objeciones, el enemigo a combatir, y la construcción de la identidad argentina había tenido como punto de partida esta oposición irreconciliable con la Madre Patria, la situación era radicalmente diferente en 1910. En ese sentido, la postura de los intelectuales de la Generación del Centenario (sobre todo de Manuel Gálvez) no podía sino ser hispanófila, y poco tenía que ver con la de la Generación de 1837, esto es, la de los hijos de los revolucionarios de 1810.

Entre todas las influencias culturales recibidas por el país, la italiana, que era la más importante (numéricamente hablando) no podía, en modo alguno, ser avalada por la elite criolla. En cambio los españoles, pese al rechazo popular del que seguían siendo objeto, gozaban de la simpatía de la elite. España era, para autores como Gálvez, el símbolo de la tradición, su núcleo generador, además de representar un paradigma moral, en contraste violento con la opulenta Argentina del Centenario, materialista y cosmopolita.

Bibliografía

Alberdi, Juan Bautista. 1955 (1ª edición: 1837). *Fragmento preliminar al Estudio del Derecho*. Buenos Aires: Hachette.

Devoto, Fernando. 2004. *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Falcón, Ricardo. 2003. "Lengua e identidad nacional en la Generación del '37", *IX Jornadas Interescuelas – Departamentos de Historia*, Córdoba, 24 al 26 de septiembre de 2003.

Galvez, Manuel. 1943 (1ª edición 1913). *El solar de la raza*. Buenos Aires: Editorial Poblet.

Moya, José C. 2004. *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*. Buenos Aires: Emecé.